

# EL UNIVERSAL CANARIO



*José A. Alemán*



DISCURSOS DE INGRESO  
*Academia Canaria de la Lengua*

ISLAS CANARIAS  
2003

© Academia Canaria de la Lengua  
© José A. Alemán

*Diseño de colección:*  
Bernardo Chevilly

*Fotomecánica e impresión:*  
Litografía Romero, S. L.

Dep. Legal: TF. 1.998-2003

ISBN: 84-96059-21-9

La invitación a ingresar en la Academia Canaria de la Lengua chocó con mi propensión de toda la vida a no pertenecer a nada. Pero la oferta me dio ocasión de reflexionar sobre el origen de esta especie de alergia personal y así detecté su raíz en el denuedo con que nuestros educadores inculcaron a mi generación la conveniencia de evitar las malas compañías, si queríamos salvar nuestras almas. Antes de aceptar ponerme chaqueta y corbata para estar hoy aquí, con ustedes, debía, pues, establecer primero si era buena o mala compañía la de los promotores de la Academia, saber si me inducían a pecado o qué. Y la indagación me llevó a constatar la presencia entre sus promotores de un número notable de filólogos. Entonces reparé en que la Filología fue la primera Ciencia laica aceptada por la Igle-

sia. En hebreo, las vocales, como observara Baruch de Spinoza, no son letras sino el alma intangible de las letras, algo que se oye musitar o decir pero que no se ve ni escribe. Por ello, los judíos recurrieron a los eruditos masoretas que pusieron encima y debajo de los signos los acentos que dieron a las palabras hebreas, oscuras y de significado oculto, el soplo vivificante de las vocales. Elaboraron los masoretas el sistema de puntos vocales que fija el texto de la Biblia hebrea, es decir, de la palabra de Dios revelada, nada menos. Cualquier modificación de los puntos vocales podía cambiar el sentido de la palabra divina y la Iglesia, siempre mal pensada, temió que los masoretas manipularan a conveniencia la cronología de las Sagradas Escrituras y con ello el tiempo profético de la llegada del Mesías. Como nunca mejor dicho que a Dios rogando y con el mazo dando, la Iglesia echó mano a la contra de los filólogos cristianos. Así, si a los masoretas judíos se les encomendó desentrañar la palabra del mismísimo Dios, la Iglesia hizo depender todo un dogma de una cuestión gramatical o de un detalle filológico.

Con tan divinos antecedentes, los promotores de la Academia no podían ser mala compañía. Y quizá porque donde hubo siempre queda, practican una especie de santo sacerdocio anónimo: el propio y siempre ingrato de los hacedores de cultura básica en una sociedad más atenta a la aplicada del espectáculo y la promoción mediática. Cultivan su rama del saber de forma callada, paradójicamente si consideramos que es precisamente el lenguaje el objeto de su disciplina. Sin hacerse notar, los frutos de sus trabajos se han ido posando en nuestras bibliotecas, silenciosos como mariposas de colores y si contábamos hasta no hace tanto sólo con la propia observación personal y léxicos más o menos extensos y no científicos como los de Álvarez Rixo, Agustín Millares Cubas, Pancho Guerra, etcétera, ahora comienza a ser otra cosa. Porque ahora disponemos de obras que compendian los léxicos existentes y que bucean en los guanchismos, en los portuguesismos, en las similitudes y diferencias entre el habla canaria y el español de América; contamos ya con obras que nos acompañan en las incursiones por diccionarios como

los de Pichardo o Morínigo o en el catauro de Fernando Ortíz, que es un buen balayo de cubanismos sabrosos. Capturar palabras del español de Canarias por el hemisferio es estimulante y entretenido. Ya se ha iniciado incluso la aventura etimológica y ahí está, como última entrega que yo sepa, el “Diccionario histórico-etimológico del habla canaria”, de Marcial Morera, que ofrece, por decirlo de alguna manera, la “biografía” de cada palabra que su autor persigue y reconstruye a través de los siglos, los documentos y los textos literarios con la perseverancia y la obstinación de quien sabe que hace algo que merece la pena y le apasiona. Sin pasión nada puede hacerse en un área del saber poco apreciada desde el punto de vista de la relevancia social y el dinero, los valores de hoy.

Alguien dijo que el lenguaje y sus hablas constituyen una enorme obra de arte colectiva realizada, acumulada y renovada por las generaciones que nos han precedido; una obra de arte en la que nosotros dejaremos alguna huella y que habrán de continuar las generaciones que

nos sucedan. Una obra de arte inacabada, siempre abierta, porque el lenguaje nunca llegará a la perfección última, al fin de su evolución mientras haya hablantes. Para Noam Chomsky el uso normal del lenguaje es actividad creadora porque el hablante es capaz de comprender un número indefinido de expresiones que no ha oído antes jamás en su ámbito físico; y es capaz, también, de producir nuevas expresiones en las ocasiones apropiadas. La creación de expresiones lingüísticas, que son nuevas pero apropiadas al momento y al lugar en que se emplean, constituye para Chomsky la manera normal del uso del lenguaje que es, me parece, lo que impulsa esa evolución creativa sin fin. Hoy, en plena borrachera cibernética, cuando nuestras casas se ven inundadas de artilugios con pequeñas luces piloto rojas o verdes, fijas o parpadeantes para hacernos sentir que siguen maquinando mientras dormimos, no viene mal recordar a Descartes y tranquilizarnos porque no podrán con nosotros: el único indicio que nos permite asegurar que otro cuerpo posee el entendimiento propio del hombre y que no se trata de un mero autó-

mata, es su capacidad de usar el lenguaje de un modo normal, dijo más o menos don Renato. René para los amigos.

El lenguaje es, en resumidas cuentas, el primer atributo del ser humano, el que le diferencia de los demás seres vivos, el medio por el que el hombre adquiere el conocimiento y con el que manifiesta su innata y misteriosa capacidad creativa. No son precisas las citas para sentar que cada lengua expresa el carácter, la psicología del pueblo que la habla. Saussure dio por hecho que ésta era, en efecto, creencia generalizada, aunque la reconociera para ponerle luego objeciones. Pero no creo que haya inconveniente en admitir la trascendencia del lenguaje ni su carácter de factor de sociabilidad ya que, es bien sabido, hablando se entiende la gente.

Tampoco es preciso insistir en que todos utilizamos, para entendernos, el habla que la tradición acumulada por aquel uso normal ha generado en el ámbito físico de cada cual. No percibimos el idioma como una abstracción

sino a través de las distintas maneras de hablarlo, de manifestarse.

Si unimos todos estos elementos, desde la trascendencia radical del lenguaje a su condición de obra de arte colectiva enriquecida por las variantes regionales, estaremos, creo, ante una de las razones de ser de la ACL.

Como recordarán, cuando se lanzó la idea de la Academia hubo oposición cerrada. Cerrada no por unánime sino de cerrazón de mollera. La objeción más “razonable”, entre comillas, fue para qué una Academia si con un instituto universitario íbamos aviados. Se ignoró o se quiso ignorar que esos institutos ya existían y que era precisamente su dinamismo lo que determinaba la necesidad de la Academia, al menos según yo lo veo. Se hacía preciso, en definitiva, un instrumento que instale las investigaciones, los conocimientos y la dignidad demostrada del habla isleña en el seno de nuestra sociedad como titular que es del patrimonio acumulado por los canarios de todos los tiempos; que se sepa y se sienta que nuestras hablas isleñas son eso, un patri-

monio y que su realización no la constituyen ristas de vulgarismos, incorrecciones y supuestos rebuznos sino que se trata de una aportación más, tan válida como cualquier otra, a la obra de arte colectiva que es el idioma castellano o español, como prefieran llamarlo. En la Universidad se investiga, se hace el trabajo científico y a la Academia corresponde procurar la presencia y el reconocimiento social amplio de la dignidad del habla canaria, de sus hablas insulares y hasta comarcales, si me apuran. Gracias a esas investigaciones es posible reivindicar el habla isleña no sólo con el sentimiento sino con conocimiento. Ya que Toni González Viéitez, con quien comparto el honor de ingresar hoy en la Academia, es economista, emplearé la expresión “poner en uso” el conocimiento de nuestra habla como una de sus tareas principales. De ahí el empeño de incorporar a la ACL a gente de otras profesiones menos cercanas a la lengua como objeto de trabajo directo para que se sienten junto a los especialistas a los que sigue correspondiendo, faltaría más, el trabajo básico sin el que la Academia sería una pérdida de tiempo.

Este propósito y otros de parecida naturaleza animaron a los promotores de la Academia a tirarse a las patas de los caballos, que es a lo que suele equivaler en estas islas tomar cualquier iniciativa. Especialmente en Gran Canaria, la isla del NO y el ninguneo. Pero lo llamativo de las reticencias frente a la Academia era cuanto tenían de negación de nosotros mismos. Si atribuimos al lenguaje el valor de rasgo esencial del hombre y admitimos que el habla de cada cual es su forma de manifestarse como individuo y en cuanto integrante de una colectividad, oponerse a la existencia de una institución que pretende ocuparse de él y reafirmarlo es una forma de autonegación. La Academia, bonito fuera, puede y debe ser criticada si no funciona, si no cubre sus objetivos o si se sube a la parra con una pretensión normativa que no sólo no existe sino que ha sido rechazada expresamente. Entre otras razones, porque la inflexibilidad de la norma estándar, reflejo de presupuestos políticos centralistas, es una de las causas de la poca consideración que el habla canaria ha merecido a los propios canarios y al

aparataje mediático, por desgracia muy alejado de estas inquietudes.

Pero una cosa es una cosa y otra cosa son dos cosas. Es legítimo, faltaría más, criticar la Academia, discutir la oportunidad de su creación en este momento con el mismo derecho que asiste a quienes defendieron su creación y defienden su existencia. El debate nunca es malo. Lo malo es que en el fondo de la mayoría de los argumentos contrarios, ridiculizadores con frecuencia de la iniciativa, latía la autonegación acomplejada del hombre colonizado que reniega de lo propio y practica el papanatismo de creer que lo de fuera es mejor por definición. Vimos en la enemiga de la Academia demasiados intereses políticos de regate corto y sesgo partidista estrecho que operaban, en última instancia, como negación del derecho de los canarios a desarrollar la sociedad civil que casi no tenemos en algo tan básico como el lenguaje. Sé que a algunos puede parecer exagerado esto que digo; si lo creen así, si creen que exagero, piensen que en España se han creado Academias similares a la nuestra que no provocaron

reacciones tan virulentas en el mundo de la política y de la cultura. Fueron aceptadas con naturalidad, lo que invita a reflexionar sobre esta suerte de malditismo nuestro en el que todo el mundo parece mirar de reojo a los demás para impedirle a quien sea remontar vuelo o echarse a correr delante. Dicen que las reticencias iniciales han cedido al conocerse mejor el proyecto. Pudiera ser, pero lo cierto es que hace unos días se deslizó en la Prensa la observación de que apenas hay en la Academia representación del centroderecha. No quiero extenderme en esto, pero en lo que a mí respecta les diré que si en este caso he vencido mi alergia a pertenecer a algo es porque veo entre los promotores de la Academia una clara actitud de valorar a las personas por lo que son, hacen o han hecho, al margen de adscripciones ideológicas y de banderías políticas.

Volviendo al tema que nos ocupa, permítanme contarles una historia que a mi entender ilumina algunas perspectivas del problema. Puede parecer una digresión, pero verán que no lo es.

A finales de los años 20 del siglo pasado, el mexicano Alfonso Reyes instó a intelectuales y escritores amigos suyos de España y de América a debatir sobre el Ser americano. La discusión que abrió Reyes anduvo rebotando durante años a lo largo y ancho del continente hasta cuajar en la idea, para mí afortunada, de que el Ser americano residía en el lenguaje y en las hablas de cada cual; que ahí radicaba la identidad americana profunda. El debate continúa, se han aportado otros elementos, pero este señalar con el dedo al lenguaje sigue estando ahí.

Dado que estamos en tierra alejantina y desconfiada, subrayo que el debate latinoamericano se produjo cuando las antiguas colonias españolas llevaban un siglo o más de repúblicas independientes. El llamamiento de Reyes, las respuestas que obtuviera y cuanto ocurrió después nada tuvieron que ver, pues, con el nacionalismo del himno, la bandera, las paradas militares y los intereses económicos criollos que podían considerarse ya, a aquellas alturas, satisfechos en mayor o menor grado según fuera su percepción y aceptación del gran hermano del Norte. Lo de

Alfonso Reyes nada tenía que ver, pues, con contingencia política alguna, ni nacionalista ni no nacionalista. Obedecía a otro tipo de inquietudes más trascendentes y de eso se trata también aquí.

La discusión que abriera Reyes no está cerrada del todo, pero a la proclamación del lenguaje y de sus hablas como identidad se debe en buena parte, pienso, la posterior eclosión de la literatura latinoamericana, hoy la más potente en el panorama de nuestra lengua. Los escritores latinoamericanos descubrieron, como dije, que la patria común real es el lenguaje; todas y cada una de sus hablas, de sus maneras de manifestarse. La patria no es aquel himno o aquella bandera izada tras la independencia. No es una peña, ni una roca, ni una fuente, ni una senda y una choza, ni la dulce, fresca e inolvidable sombra del almendro. Y que me perdone don Nicolás.

Simplificando mucho diría que el descubrimiento latinoamericano del lenguaje como Ser, con mayúscula, fue el tercer gran hito de la historia del castellano, de nuestra comunidad o co-

lectividad idiomática, desde que aparecieron las primeras palabras romance en las Glosas emilianenses de San Millán de la Cogolla y en las Silenses de Burgos y la posterior consagración del castellano como lengua madre de la espléndida literatura española de que disfrutamos.

El segundo hito sería la aparición de los padres de las literaturas americanas. Y cito expresamente entre ellos al colombiano Juan de Castellanos y al canario Silvestre de Balboa que con su "Espejo de paciencia" se sitúa en el arranque de la literatura cubana. Los cito para colocar junto a ellos las figuras isleñas de Bartolomé Cairasco de Figueroa y de Antonio de Viana. Los cuatro nacieron en el XVI —dos en la primera mitad y dos en la segunda— y les unió el atrevimiento de introducir en la literatura castellana términos, metáforas, palabras designativas de objetos, de accidentes geográficos, nombres de plantas, etcétera, con lo que comenzaron a adueñarse literariamente de su medio físico inmediato. Esa osadía los colocó en el umbral de sus respectivas literaturas patrias. Subrayo la canariedad de Balboa porque, aunque fuera casi

treinta años más joven que Cairasco, es probable que lo conociera en Las Palmas y se sintiera influido. Y en cuanto al colombiano Juan de Castellanos les diré que cierto libro de texto de la Universidad española de los 60 (Diez Echarri y Roca Franquesa, Aguilar 1950) lo despreciaba por su “incontinencia versificatoria”, por “las interminables tiradas de versos” y sus no menos de 150.000 endecasílabos, lo que fue por supuesto una exageración. Se subrayaba en ese libro, en tono desenmascarador, que a pesar de ser considerado Castellanos por casi todo el mundo “poeta indígena”, estaba probada su procedencia peninsular, lo que por lo visto convertía en traición aún más grave la incorporación a su obra de lo que nadie se había atrevido antes a nombrar porque no eran términos comprensibles en la Península. En orden a los paralelismos, por eso recuerdo a Castellanos, ahí están los reproches a Cairasco por su uso intensivo de los esdrújulos, que siguen sin perdonarle todavía hoy catedráticos de Literatura, canarios incluso, que no quieren ver en él otros valores aparte de los que se atengan a sus gustos poéticos particula-

res, muy respetables pero limitativos de la historia y del papel en ella de los escritores y poetas. Como si se pudiera aislar la literatura del medio cotidiano del escritor, de los momentos históricos que le ha tocado vivir y de sus reacciones ante ellos, de sus preocupaciones e inquietudes diarias. Error parecido al del determinismo marxista que sólo apreciaba al ser humano como homo faber, sin interioridad, sin complejidades, no como un ser múltiple que también lleva en sí un cosmos de sueños, de fantasmas y de fantasías.

El encuentro con América, el descubrimiento, tuvo una trascendencia inmensa en las concepciones del mundo, en todas las ramas de las ciencias, en las artes de marear, en la economía y el comercio. Se conocieron nuevos productos, algunos providencialmente introducidos en las dietas europeas. A finales de agosto y principios de septiembre de 1520 Alberto Dureró vio en el Palacio Real de Bruselas los objetos de arte azteca enviados por Hernán Cortés a Carlos V. Fue Dureró el primer artista europeo que los vio y se asombró. América dio al mundo una vuelta de calcetín. Ya nada fue igual en adelante. Según

Pierre Chaunu, en treinta años, desde los viajes de Colón a la primera circunnavegación del Globo en 1522, se produjo la mayor mutación jamás habida del espacio humano y aquella conmoción tenía que afectar, necesariamente, al idioma español o castellano, como quieran, y a la Literatura. No tiene sentido rechazar a Cairasco, Viana, Balboa o Castellanos en aras del gusto literario personal y pasar por alto lo más significativo, es decir, el hecho de que estaban muy centrados en su tiempo, que entendían, intuían o los arrastraba la corriente profunda de los fenómenos de su época fabulosa. Sintieron la necesidad de nombrar su medio. Es lícito apreciar a través de los canarios del cuarteto que, a su escala y en su dimensión, Canarias era también un territorio nuevo, un paisaje, unos accidentes geográficos, una flora, un conjunto de nuevas realidades que necesitaban ser nombradas. Las islas estaban en esos años fundacionales de la Edad Moderna más “in” que un habitante, pongamos, de Soria. No porque tuviéramos nada que nos hiciera excepcionales sino por las peculiaridades del archipiélago, que

ya funcionaban. Un lugar por el que pasaban de fijo “los yentes y vinientes” a América, que diría el Inca Garcilaso. Suele pasarse de puntillas sobre el hecho de que los primeros cronistas de Indias y la propia Corona española tendían a considerar las Canarias parte del Nuevo Mundo, las primeras Antillas.

Canarias, como digo, estuvo presente en el segundo hito de la historia del castellano, en el momento de emerger las Literaturas americanas. A su escala, reprodujo simultáneamente el fenómeno de “literaturizar” las islas desde dentro. Es curioso lo poco que se insiste en el sentido de esta acción desde dentro y cómo se prodiga la visión desde fuera, de los poetas y escritores clásicos, por ejemplo, como una invitación a la autocomplacencia en los mitos afortunados, del Jardín de las Hespérides y del más reciente vergel de belleza sin par del pasodoble cuasi himno. Metidos en semejante narcisismo no puede extrañar nuestra ausencia del tercer hito, el que abriera, según les indiqué, el largo debate sobre el Ser americano que echó por delante al lengua-

je y dio lugar a la espléndida floración literaria de aquellos países.

Es cierto que el romanticismo indujo a los escritores americanos en su momento a prestar atención a las costumbres populares, a su forma de hablar y todo eso. Pero lo hicieron desde la distancia, considerando lo que describían producto de la ignorancia. Si lo traían a colación era por la inclinación romántica hacia lo raro y lo pintoresco presentado como expresiones populares a superar y erradicar dentro de las coordenadas y según las pautas que ellos marcaban desde una instancia cultural superior. Por el contrario, los escritores del siglo XX se tiraron de cabeza al agua y comenzaron a margullar en el habla de sus regiones y países y han revolucionado sus literaturas sin traicionar el idioma común que cultivan con esmero.

En Canarias pudiera decirse que se prolongó hasta no hace tanto la actitud de culto distanciamiento. Salvo el caso de un reducido número de autores que hacen lo que pueden, siempre bajo sospecha o con la abierta repulsa de los estamentos culturales oficiales. Hemos sido inca-

paces de plantear el debate y quienes lo intentaron fueron mirados como bichos raros. Nos desvincularon, en definitiva de la marcha que llevábamos cuando éramos las primeras Antillas. Quizá sea lo que hace que las islas se nos aparezcan como ente incompleto, poco vertebrado.

Como corro peligro de desviarme hacia la polémica estéril de si hay Literatura canaria o sólo Literatura en Canarias, vuelvo al habla.

El habla canaria es una de las víctimas del centralismo y sus testaferros y de la autonegación que les dije. Su situación, fiel reflejo del retroceso de nuestra identidad histórica y cultural. Convendría aquí apuntar que si la ACL no tiene pretensiones normativas, tampoco es lo suyo operar con las palabras como quien elige flores del jardín o del campo para prensarlas entre las páginas de un volumen y que se sequen. Ya dije que el lenguaje, y por tanto el habla, no es un sistema cerrado para siempre sino que está sujeto a los cambios sociales, económicos y de hábitos, al contacto e intercambio con otros

pueblos y a los avances tecnológicos, entre otros factores que inciden directamente en su evolución. Los cambios, las transformaciones, no es que sean inevitables, es que están implícitas en la naturaleza misma del lenguaje vivo. De lo que se trata es de reaccionar contra el centralismo y la autonegación y dejar que el habla discurra libre y se rebalse.

Esta autonegación es lo más difícil de combatir porque quienes la practican son aceptados e incluso distinguidos en una sociedad alienada por sectores intelectuales que no lo están menos en el falso e interesado conflicto de lo universal y lo particular. Porque tan pueblerino es no ver más allá del campanario como renunciar, por un prurito universalista mal digerido, a saber qué rayos ocurre en el campanario, comprobar si las campanas están bien fundidas y su metal adecuadamente templado. Piensa en universal y actúa localmente, vendría a ser la idea.

Es el momento de recurrir a la publicación de Marcial Morera titulada "En defensa del habla canaria". Recomendarla sería el mejor modo,

quizá el más útil, de cerrar esta intervención e irnos todos a echar una copa. Pero ya que han venido y los veo en tan buena disposición ritual, echaré mano de Viera y Clavijo, concretamente al epígrafe de su Historia General que titula “Lamentable extinción de la nación guanchinesa”. En ese epígrafe se refiere Viera al maltrato de los aborígenes por los conquistadores y a la extrema miseria a que fueron reducidos. Refiere Viera que apenas cien años después de la conquista, Alonso de Espinosa no pudo recoger noticias de las costumbres de los antiguos habitantes de Tenerife porque los ancianos guanches acantonados en Candelaria y Güimar “eran tan cortos y encogidos, que no las querían divulgar, pensando cederían en menoscabo o descrédito de su nación”.

El mismo Viera relata que el doctor Sprat, obispo de Rochester, testimonió que los guanches no permitían a nadie ver ni examinar el interior de sus cuevas sepulcrales, lo que consideraban profanación, y resaltaba de ellos su pobreza y corto número aunque le parecieran aún silenciosamente fieros y celosos de sus costumbres.

Es la descripción de un pueblo aplastado. No sé si será impresión literaria, pero recordé este pasaje de Viera observando, en Bogotá, el transitar de los indios por las calles. Eran sombras de la Historia que se deslizaban remetidas en lo suyo, algo que sólo ellos podían ver con los ojos escondidos del alma. Recordé, también, la expresión de los campesinos canarios que aparecen en fotos de finales del XIX y principios del XX y que miran a la cámara fotográfica desde nadie sabe donde, quizá desde el otro lado de las cosas.

Es normal, al menos habitual, que el conquistador desprecie la cultura del conquistado. En el choque de dos culturas prevalece la más poderosa que procura eliminar y sustituir la del vencido, empezando por su lengua. Tampoco tiene nada de particular que en el proceso posterior de conformación de la nueva población canaria, con aportaciones de distintas procedencias y culturas, se tuviera en menos el habla labrada por la necesidad de describir y explicar el medio físico y de ponerle nombre a todo.

Seguramente, en líneas generales, ese habla no sería entonces reprimido, más allá de consi-

derarlo de baja estofa, como lo fuera a medida que se acentuaba el centralismo de la Corona española y se daban los primeros pasos en la fijación normativa del castellano o español, que operaría dentro del formato represivo derivado de la conquista y de los prejuicios de los conquistadores respecto a los vencidos.

Posiblemente, el proceso se acentuaría en lo que nos toca tras las independencias americanas, al dejar de ser Canarias el puente interior entre las dos orillas del Imperio para convertirse en frontera de una potencia de segundo orden que tenía precisamente en el lenguaje la joya de su Corona y la principal justificación de su existencia como nación y de su papel histórico. Una frontera un tanto extraña ya que en lo económico y comercial las islas constituían un mundo diferente con una querencia americana importante. Y sobrevolando todo ello, claro, los mal disimulados temores de que Canarias emulara los procesos americanos. No estaba de más la vigilancia idiomática, por así decir, que redujo la variante canaria de nuestro idioma común a sucesión de vulgarismos corruptores y habla pro-

pio de gentes de escasa cultura del que debíamos avergonzarnos. Ahí, en nuestra forma de expresión, en nuestra identidad primigenia, había que golpear para quebrarnos la voz. La parquedad que suele atribuírsele al isleño, que desaparece en cuanto se arregosta a sus anchas, es manifestación de la vergüenza, del miedo inoculado a los canariohablantes por el centralismo y los de la autonegación que operan, lo que son las cosas, con mentalidad de colonizados. Y a veces de colonizadores frustrados en su propia servidumbre. Llama la atención su forma de adornarse con las flores de una universalidad mal entendida que ignora la sabiduría de poner cada cosa en su sitio y de tener un sitio para cada cosa. Así, de nuestro habla no se valoraron los guanchismos que sobrevivieron; ni los arcaísmos del propio castellano que permanecieron o evolucionaron; se dieron por mal dichas palabras que no procedían del castellano sino que eran castellanización de préstamos portugueses, consecuencia lógica de la intensa presencia lusa en las islas después de la Conquista. Tampoco se valoró, en fin, que el habla canaria se forjó de

acuerdo con los procedimientos gramaticales del castellano; que hay términos que no sólo se usan en el mismo sentido que en el estándar común sino que desarrollaron entre nosotros nuevas acepciones, no reconocidas; que los términos canarios, los canarismos, poseen una potencialidad metafórica que brinca y colea sin perder su estirpe idiomática, a la que, encima, enriquecen; que una buena cantidad de extranjerismos, introducidos por el carácter abierto de las islas, fueron impecablemente castellanizados por el simple genio de los hablantes canarios sin necesidad de plantearse las espesas cuestiones que hoy nos han reunido en este salón.

No insistiré en los intereses político-culturales que hay de por medio. Actitudes sesgadas y abusivas a las que en un momento de nuestra historia reciente se quiso responder de la peor de las maneras. Me refiero a los años finales de la década de los 70 y principios de los 80, cuando un sector del Magisterio canario quiso eliminar de las aulas las reglas ortográficas y la enseñanza de cuanto quedara fuera del ámbito

geográfico de las islas. No reclamaron que se pusieran las hablas canarias en el lugar que les corresponde sino que las reivindicaron como arma política frente al enemigo exterior.

Pero si esa respuesta era irracional, no por ello dejaba de ser reacción a otra irracionalidad: la de la imposición lingüística que dispone de todos los medios, desde los audiovisuales y los impresos hasta los de cátedra para machacar disidentes. Si aquella experiencia puso de manifiesto que el radicalismo es mal consejero, también nos permitió ver que la contundencia de su rechazo nunca se produce contra los poderosos medios empleados desde siempre para hacernos creer que el habla isleña es cosa de maúros.

En materia de atropellos y dejaciones con el habla hay anécdotas ilustrativas para llenar cestas y cestas pedreras. Están los niños divididos entre el supuesto y único buen hablar posible que les enseñan en la escuela y la forma de expresarse de sus padres; están los locutores, a los que se rechaza por su acento canario, como lo he visto, escrito, en respuesta a solicitudes de

trabajo; está el caso grotesco de un político que se sometió a lecciones para adquirir un bello acento de ninguna parte, pero que al descubrirse nacionalista de toda la vida, seguramente por alguna caída de caballo, hubo de tomar nuevas lecciones para destrabarse la lengua de semejante suplicio. Estaría el caso de cierto empresario amigo que, tras una intervención pública elocuente en Madrid, recibió felicitaciones en términos de “no pareces canario”, lo que, por lo visto era elogioso; o del opositor que en el examen oral se hizo tal lío con las eses, las ces y las zetas que se le escaparon por sus agujeros los conocimientos arduamente acumulados y todavía no puede explicar hoy qué le ocurrió porque sigue desprogramado para entender que se abata-tó y tupió, pongamos por caso; o del periodista que envía sus colaboraciones a la Península y le corrigen por sistema palabras deslizados. Con la mejor buena voluntad, aunque se cometiera en una ocasión el exceso de sentar que el “boga-vante” es un crustáceo y nada más que un crustáceo y no cierta morena de aquí, oscura, con manchas amarillas y hocico pronunciado: la boca

avante que diría un portugués. De tan centrados en la porfía purista no se plantearon qué necesidad había de atraer al bogavante crustáceo, seguramente duro de oído, mediante un canto, el canto de la morena; aunque sí se impuso que este canto dejara de ser “guineo” para “normalizarse” como “cantinela”, que nos llena menos la boca.

Podría citarse, además, a los escritores que entrecomillan o ponen en cursiva los canarismos cuando quien interviene en la narración es un personaje popular y se atienen a la norma estándar sin mácula en las descripciones generales; o el mismo entrecomillado en los periódicos cuando aflora el canarismo denostado; o el de los humoristas que emplean un lenguaje plagado de disparates y deformaciones caprichosas desconocidas para los hablantes a los que creen imitar. En este punto, quisiera narrarles una anécdota vivida en un pueblo gran-canario. Representaban uno de esos entremeses canarios de palabrerío inventado que dicen isleño. La gracia, ya saben, no reside en el ingenio de los diálogos sino en la deformación gra-

tuita y ridiculizadora del lenguaje de nuestro pueblo. Asistía al espectáculo un señor mayor, campesino de toda la vida. No le vi reír una sola vez y como lo conocía le pregunté, al final, qué le había parecido. El hombre no quiso poner en duda el valor artístico que le suponía a la representación por el hecho de serlo, se lo pensó y dijo con sabia prudencia: —Pues no sé qué decirle, pero, desde luego, esta gente no es de este pueblo.

Me he extendido un poco en las anécdotas pero no creo que inútilmente. Ilustran un panorama en el que pretende incidir la ACL para que los canarios sepamos que nuestro habla es patrimonio de primera magnitud; que se trata de una variante del castellano o español, perfectamente homologable con cualquier otra, de la que debemos sentirnos orgullosos y para la que ha de exigirse el mismo respeto que merecen las demás variantes; que negar la existencia de la Academia, siempre criticable por supuesto, es negarnos a nosotros mismos y con ello el derecho a defender lo que es nuestra primera seña de identidad cultural.

Quiero terminar con una referencia al presidente de la Academia, Ramón Trujillo, para abundar con su autoridad en algunos aspectos de lo expuesto. Para Trujillo el español o castellano, como ocurre con todas las lenguas del mundo, sólo se conoce bajo la forma de un conjunto de maneras de hablar, cosa que me parece adelanté ya. Tachar a unas o a otras de buenas o malas sólo tienen que ver con el gusto de cada cual. “A mí personalmente —ha dicho Trujillo— me gusta mucho la manera bogotana de habla, en tanto que me resulta desagradable, por ejemplo, el laísmo de los castellanos; pero de ahí no puedo deducir, sin más, que los bogotanos hablan bien y que los castellanos lo hacen mal”. Eso sería caer en el error que se denuncia: la aplicación de criterios idiomáticos “como instrumentos de poder, como leyes para juzgar, como armas para aniquilar y desprestigiar”. Todos sabemos que existen formas torpes e inseguras en el hablar, pero éstas no son exclusivas de canarios, andaluces o latinoamericanos sino que aparecen también en el habla de los castellanos.

He fusilado a Ramón Trujillo para seguir haciéndolo con la conclusión a que llega. La diferencia entre un buen hablar y un mal hablar —viene a decir Ramón Trujillo— radica en la formación del individuo hablante, no en la variante o modalidad en que se exprese. La formación, la educación es, como en todo, la clave. Se puede hablar canario, andaluz, extremeño, cubano o venezolano con perfección sin renunciar a lo que cada cual es. De eso se trata, de utilizar bien el propio habla con el adecuado nivel de instrucción, formación y conocimiento del lugar que le corresponde en el universo lingüístico castellano o español. Ni hemos de sentirnos en menos por nuestra forma de hablar ni refugiarnos en ella para rechazar la universalidad a la que podemos ponerle perfectamente nuestro acento propio.

Ramón Trujillo habla de universalidad y me parece que no viene mal una pequeña referencia a lo fácil que resulta deslizarse hacia el papanatismo, vicio frecuente entre nosotros. Porque, como ya indicara en otro lugar, con demasiada frecuencia se recurre a la universalidad como

irreconciliable con la defensa de las culturas regionales de manera que quien rompe lanzas por éstas es presentado como un burro que va contra la universalidad y quiere volver al taparrabos y a pastorear cabras, que cosas así se han dicho. Edgar Morin se ha ocupado del asunto en términos que me parecen aplicables al problema de la dignificación de nuestras hablas. Morin dice que no puede oponerse lo universal a las patrias sino que han de vincularse concéntricamente nuestras patrias familiares, regionales, nacionales, etcétera, e integrarlas en el universo de la gran patria terráquea. Todas las culturas tienen sus virtudes, sus experiencias, sus sabidurías y también sus carencias e ignorancias. Todo el mundo necesita conformar su identidad cultural y concretarla; pero esa identidad no es incompatible con la identidad genéricamente humana. Cito textualmente a Morin y con eso acabo, ahora de verdad, jurado: “Lo propio de lo humano es la *unitas multiplex*: la unidad genética, cerebral, intelectual y afectiva de *homo sapiens demens* que expresa sus innumerables posibilidades a través de la diversidad de las culturas. La diver-

sidad humana es el tesoro de la unidad humana, que es a su vez el tesoro de la diversidad humana". Todo forma parte de lo mismo, con su acento, sus giros y sus decires respectivos. Galdós, Joyce, Camus, Cervantes, Quevedo, Pascal, Shakespeare, García Márquez, etcétera, percibieron ese *homo sapiens demens* múltiple y complejo de que habla Morin y no dejan de ser quienes son porque los lea en voz alta un castellano, un extremeño, un andaluz, un canario o un cubano.